

# ...con las **Revistas**

## ESCOLÁSTICA Y LIBROS «SAGRADOS»

ALDEBARAN, n. 4. En el artículo *Ortega, Maestro de Generaciones*, leemos: «Algunos síntomas parecen anunciar otras promociones de más ímpetu vital, más capaces de sentir necesidades auténticas y no saciables con una cultura de medios o con soluciones inercialmente recibidas y que presienten a través de los ecos distantes o contradictorios que les han llegado, en Ortega su maestro y guía».

El articulista pretende auxiliar a los jóvenes españoles «a cruzar este puente roto desde la otra orilla del discipulado de Ortega» y señala la tónica intelectual indispensable para evitar titubeos mentales: «Es la primera (regla práctica) la que responde a lo previo y fundamental, a la actitud con que debemos encararnos con los libros: alejarnos siempre de toda beatería intelectual y, precisando más, de toda escolástica». Razona esta norma previa con palabras de Ortega: «En la recepción de una filosofía ajena — cuando ello sucede a la manera escolástica—, el esfuerzo mental invierte su dirección, y trabaja, no para entender los problemas, lo que las cosas son, sino para llegar a entender lo que otro pensó sobre ellas y expresó en ciertos términos»; «de aquí que todo escolasticismo es la degradación de un saber en mera terminología».

No es mi intención extenderme sobre esta repulsa de la Escolástica como actitud previa ante la aceptación de una filosofía. Es claro para cualquier intelectual iniciado en filosofía escolástica que, al juzgarla así, se incurre en una confusión de fin y medios. Son los problemas en sí el objetivo del quehacer escolástico. El pensamiento de los filósofos tiene razón de medio, *integra el método* escolástico. La serena meditación de la filosofía precedente no ahoga la libertad intelectual, ni prohíbe a la mente *su* postura frente al problema. Dentro de la Escolástica hay teorías opuestas aun para explicar problemas tan básicos como acto-potencia, esencia-existencia, presciencia divina-libertad humana.

Además, si se rechaza esta dirección del esfuerzo mental hacia el pensamiento ajeno, ¿por qué esa invitación a pensar los problemas a través de la obra orteguiana? Hay peligro de incurrir en un simple desplazamiento del centro de gravedad de la beatería intelectual tan aborrecida, a pesar de que el articulista exhorta a evitarlo. En buena lógica se sigue del postulado previo la búsqueda de los problemas desnudos. Indudablemente sería una beatería mucho más concentrada que cuando se convoca ante el tribunal de la mente no a un solo filósofo sino a todos los que ofrecen claridad sobre el problema. Y conste claramente que, como el autor, aborrecemos toda beatería intelectual.

La definición de *todo* escolasticismo como «degradación de un saber en mera terminología», considerada en esta amplitud absoluta, no es objetiva. Sería superfluo demostrar lo contrario. Basta estudiar un solo problema filosófico con método escolástico para comprender la gratuidad de afirmación tan decidida. No es justo ni científico aplicar a toda la Esco-

lástica lo que es médula enfermiza de la escolástica degenerada de los siglos XIV, XV y XVIII.

No es fácil explicar cómo la plausible avidez cultural del impulso orteguiano (en maestro y discípulos), su anhelo de «ideas claras para andar con serenidad por la vida», se haya detenido en los umbrales de la escolástica decadente y, si alguna vez penetró en la auténtica, no comprendemos cómo sólo ha percibido «mera terminología» (1).

Muy lejos está de afirmar la ciencia cristiana que todos los problemas del pensamiento estén resueltos. Lo que asegura es que posee, no sólo en la revelación sobrenatural hecha por Dios, sino en la Escolástica — no exclusivamente en ella— un depósito de verdades ciertas junto a teorías más o menos probables, negando radicalmente el supuesto de todo relativismo absoluto. Esta posición, lejos de ser un «menosprecio hacia el futuro de las potencias humanas», es un elogio de la capacidad intelectual del hombre, dueña de verdades ciertas y vital presagio de nuevos descubrimientos. El relativismo es quien ofende a la razón, la considera incapaz de dominar la verdad absoluta.

Se advierte a los jóvenes que el comportamiento escolástico «podrá ser adecuado ante los libros «sagrados», pues, en efecto, se ha partido de presumir que la verdad está depositada en ellos». No creemos que se quiera dar a estas líneas el alcance que realmente tienen. Presumir — de *praesumo*— significa conjeturar, sospechar una cosa por tener indicios de ella. Puede, pues, el lector entender así el pensamiento: se ha partido de sospechar, por ciertos indicios, que la verdad se encuentra en los libros «sagrados». ¿Quién ha partido de esta sospecha? Los no cristianos, no. Niegan a los Libros Sagrados tales indicios de verdad. El cristianismo tampoco. El cristianismo no tiene fundamentos tan lábiles. «Nadie creería si antes no comprendiese que hay que creer», que hay razones sólidas para creer, decía San Agustín.

Por eso nunca decimos libros «sagrados» sino con mayúscula: Libros Sagrados.

En materia tan delicada no se puede opinar con facilidad periodística. Insinuar desconfianza en los Libros Sagrados, objetivamente es minar los fundamentos de la Fe.

Todo el edificio veintisecular del cristianismo se levanta imbatido sobre verdades históricamente ciertas. La teoría naturalística de Gottlob Paulus y Renan —con su distinta modalidad—, la explicación mítica de Strauss, los ataques de la escuela de Tubinga, el eclecticismo liberal, el escatologismo de Loisy, Tyrrell y Weiss, la potencia investigadora y crítica de Harnack, por citar sólo adversarios recientes, representan corrientes ideológicas que entrechocan y se deshacen mutuamente a pesar de su objetivo común al que dejan intacto, más comprobado científicamente gracias, en gran parte, a la investigación de los impugnadores.

Son actitudes superadas por los mismos heterodoxos. Y el tener que recordarlas aquí hace pensar si es tan indudable, como afirma el articulista, la permanente vigencia y actualidad de la generación por él alabada.

La existencia de Jesucristo, la autenticidad de los Evangelios, la divinidad de Cristo, el hecho de la revelación son verdades históricas comprobables con método científico.

Ni un simple convencionalismo, unas sospechas o conjeturas operan en hombres de razas, épocas, clase social y culturas totalmente distintas la tensión moral de heroísmo, santidad y cultura que mantienen encendida el alma de la Iglesia.

Jesús Mendoza S. I.

---

(1) Sobre Ortega ante Santo Tomás, escribe acertadamente Abel Lobato, O. P. en *Veritas*, Granada, núm. 27.

## SIEMPRE EL HOMBRE

El sentido comunitario de las nuevas estructuras mentales y sociales corre, no menos que el Liberalismo, el peligro de olvidar prácticamente al hombre.

El hombre es un fragmento de la naturaleza, pero tan intenso y complejo que, sin desprenderse, se independiza y distingue de ella; es libre, conciente, responsable, persona; convertido el presente en futuro; el tiempo, en historia y eternidad; la reacción, en acción; la yuxtaposición, en sociedad; no sólo realidad sino destino; no sólo efecto sino imagen del Hacedor. Semejante riqueza grava al hombre, cruce de todos los caminos del universo, con este sino: perder fácilmente su integridad y coherencia desplazándose a la materia o a la idea, al individuo o al contorno.

La más difícil aventura del hombre es serlo. Mucho más si tenemos en cuenta la divinización, turbadora omega de toda auténtica humanización integral, último puerto abierto por Cristo a la perfección del hombre, a la actualización de sus potencialidades trascendentales, posibilitadas históricamente por la sobrenaturalización y la redención, ya que no esencialmente por la creación.

Indudablemente, la socialidad pertenece a la esencia del hombre hablante, por limitado y multiplicable y por imagen del Dios que, al ser amor, es en sí trinidad y, hacia fuera, creador y providente. «Su existencia es coexistencia», como subrayaba Michael Schmaus en una conferencia recogida por la excelente colección «O CRECE O MUERE» (n. 66).

Pero esa socialidad esencial no quita que, de tejas abajo, el hombre siga siendo, bien entendida la frase, «medida de todo».

La ley inmediata del hombre, ante Dios, es su propia conciencia. El celibato —por mencionar una interesante realización psicológica y religiosa— es más perfecto en sí mismo que el matrimonio, pero, en la práctica, la realidad de cada hombre determina para sí la mayor perfección de uno u otro camino. Saliendo del hombre, la sociedad es lo que son los individuos; las leyes, lo que son los legisladores.

Vemos, sin embargo, que ciertas realidades han escapado a la medida del hombre. La máquina lo ha rebasado. También las armas. Aun en los países más democráticos (1) y cristianos, el Estado se ha convertido en un superestado, con tendencias a un centralismo y a un socialismo de estado cada vez más elefantiásicos. No me refiero a las funciones suplementarias ni, menos, a las correspondientes *per se* al Estado; ni siquiera a esa inevitable sana socialización exigida por una demografía, política y economía cada vez más complejas; sino a la invasión de funciones, desarrollos y problemas que los particulares pueden y quieren acometer.

Pero, analizando la raíz de esas deformaciones y excrecencias antihumanas, hallamos la causa en el mismo individuo, en su desorden, inmadurez o incoherencia.

Las instituciones, las leyes, la historia, son lo que son los individuos, al menos esa minoría de individuos-fermento que, en alguna medida, guían a los acontecimientos. La acción social tiene a la persona como punto de llegada y de partida.

En este sentido de responsabilidad individual, de causalidad y objetivo personales en toda acción social, nos confirman unas reflexiones del Dr. Miguel Rojo en FOLIA CLINICA INTERNACIONAL (ag. 1955). Las relaciones entre los hombres no son sólo a través de cauces intelectuales sino también sentimentales e instintivos. Estando en conflicto dentro del individuo estos diversos estratos —por una fragmentación debida no ya al pecado original sino a la falta de educación y de maduración—, las relaciones colectivas son también

(1) Entiendo por democrático, no precisamente un gobierno «del» pueblo —por ejemplo, en cuanto gestor del mando, o elector inorgánico e impreparado, o, menos aún, en cuanto origen de la autoridad— sino un gobierno efectivamente «para» el pueblo, ordenado a las personas, no sólo a los cuerpos, que integran ese pueblo, y con sus cuadros accesibles a cualquier persona capaz.



conflictuales. Observamos que, de hecho, en sectores inmensos, sólo agrupan los instintos —y no precisamente los más nobles—: el miedo, el odio, la competición. Fuera del deporte, la crápula o la guerra, surge el aislamiento y la hostilidad, apenas refrenados por leyes apuntaladas de castigos.

En otro orden, la inmadurez del individuo lo lleva a sentirse o infante que lo espera todo del Estado, o enemigo que lo teme todo del Estado. O parásito o insocial.

«Más que buscar sistemas sociológicos —concluye Rojo Sierra—, ha de procurarse a toda costa que los individuos de nuestros tiempos se hagan *personas*»; se ha de luchar por la «dignificación de la conciencia tan en peligro de perecer, ya que el hombre está a punto de ser transformado en máquina».

La redención se consuma en el hombre y, sólo a través del hombre, en las obras del hombre.

Toda autocrítica, todo examen de conciencia, todo perfeccionamiento y decisión, toda conversión y penitencia adquiere dimensiones sociales únicamente en la medida en que se produce auténticamente en cada alma.

La sociedad, aun en una época tan comunitaria como la que adviene, no puede descartar a la persona como agente del bien común, en su grado, y como respetado término de ese bien común. Sólo el bien común puede limitar la libertad, las aspiraciones y la acción externa del individuo, así como ese bien común ha de ser una de sus referencias y objetivos esenciales.

Sin negar el poderoso y pavoroso influjo de lo inconciente y lo subconciente en la historia de los individuos y de los pueblos, podemos afirmar que, en última instancia, llegados a un grado de causalidad más o menos inmediato al efecto, nada hay irresponsable, nada anónimo. Detrás de cada movimiento late, directa o indirectamente, una voluntad humana que ha elegido el bien o el mal.

José M. de Romaña S. I.

